

los encontrados que le había producido la lectura de aquellas cartas y sin pronunciar palabra atrajo á sus ojos á Rafael, viéndolo con mirada llena de indignación y lágrimas que no osaba de probar de sus ojos.

De repente se le echó con toda prontitud y dijo con voz llena de energía:

— Me había olvidado de decirte que yo vivo en una casa agena, de que la familia está allí esperando; me olvidaba de que tú no puedes permanecer aquí en la ciudad sin exponer tu vida.

#### LA CONSPIRACION.

— Y que vas á hacer? —  
— A conspirar todo, Rafael, como es de mi obligación. A caso puedo mentir á los que forman mi familia?

La casa inmediata al convento de los Belemitas de México que hemos presentado al lector en un capítulo de las anteriores leyendas, había permanecido silenciosa y solitaria. Parecía solamente habitada por un guardian que ocupaba la portería, el viejo Pedro, y por una familia compuesta de muy pocas personas que habitaban en los altos y de las cuales no aparecían en el balcon sino de cuando en cuando dos señoras de treinta ó mas años y una anciana. Así es que la casa no llamaba para nada la atención ni de los vecinos ni de los transeuntes.

Eran los últimos días de Julio cuando se vió al portero encargar la vigilancia de la entrada á un hijo suyo de mas de veinte años, zapatero, mientras él armado de regaderas, sacudidores y escobas, se diri-

gió á las bodegas ocupándose desde por la mañana hasta por la tarde en asearlas.

Quitó sus cubiertas á las sillas y á las mesas que se habían llenado de mohos por la humedad, puso varios braseros en distintos lugares con bastante lumbré para calentar el aire y despedir los malos olores y luego que todo estuvo listo y empezó á oscurecer fué á ocupar su sitio de vigilante en la puerta.

A poco empezaron á detenerse algunos carruajes en las esquinas mas próximas, de los cuales descendían personajes y entraban á la casa despues de enseñar á Pedro una medalla de metal y de pronunciar algunas palabras misteriosas. Otros hombres perfectamente cubiertos con el embozo hasta los ojos, se deslizaban por contra las paredes y desaparecían al llegar á la casa dicha, donde segun ya sabemos tenían sus reuniones los conjurados de la capital.

Despues de sus trabajos, algunos muy pocos provechosos, antes de estallar la insurreccion en Dolores, habían seguido reuniéndose de vez en cuando para proporcionar los elementos que podían á los insurgentes que se encontraban mas inmediatos; pero despues del horrible fracaso de las Norias del Bajan, se habían acobardado á tal punto, que ya no habían vuelto á reunirse.

Por eso es que las habitaciones á fuerza de estar cerradas se habían humedecido y los muebles se habían puesto mohosos.

Pero ahora el fracaso de Empáran en Zitácuaro,

lo mismo que las victorias de Morelos en las cercanías de Acapulco, y otros hechos de armas muy repetidos en distintas provincias, les habían venido á revelar que la revolución no solo vivía, sino casi poderosa, estaba en pié, y el viejo Pedro recibió la orden de alistar el local para aquella noche, en que iban á reunirse allí los partidarios de la independencia.

En realidad los jefes principales de la conspiración no eran conocidos. Se sabía que había entre ellos altos personajes, individuos acaudalados ora por sus trenes, ora por los fondos que sabían afrontar cuando se necesitaban, pero sus nombres se ocultaban en el mas profundo secreto, lo cual se había conseguido hasta entonces á fuerza de haber sabido aquellos rodearse de todas las precauciones imaginables. En cambio ellos sí conocían á todos los que concurrían á secundarles, los que para ser admitidos necesitaban pasar antes por toda clase de pruebas y de requisitos, no dejando por eso de ser admitidas hasta las personas de las mas humildes esferas, que eran las que mejor servían para desempeñar bien las comisiones arriesgadas.

El Presidente sentado bajo un dose de terciopelo encarnado y cubierto con un antifaz y un capirote negro, dió dos golpes en la mesa y la voz de que iban á empezar los trabajos.

Las sesenta personas que había en el salon, alumbrado escasamente por una docena de lámparas de aceite, fuera de otras tantas velas encendidas en la

mesa del centro y en otra de los lados, obedecieron aquella voz, sentándose enfrente de la Presidencia. De esas sesenta personas ocho ocupaban la plataforma con los cargos acostumbrados, rigurosamente cubiertos, y los demas estaban esparcidos indistintamente en la galería, viéndose entre estos muchos con sus correspondientes antifaces, demostrando que si bien estaban dispuestos á ayudar, no lo estaban mucho á comprometerse.

El Presidente dijo al secretario que leyera los documentos que había en cartera, que eran algunas cartas e impresos de los independientes. Se daba cuenta con las últimas correrías de Albino García, con las marchas atrevidas de Rayon investido con el carácter de generalísimo por Allende en el Saltillo, con los triunfos repetidos del cura Morelos que empezaba á ser el centro de muchas esperanzas, con las hazañas de Torres y de otros muchos independientes, que lejos de haberse azorado con el fracaso de los principales caudillos, se manifestaban dispuestos á seguir combatiendo con tesón hasta lograr el triunfo ó perecer en la demanda.

Después de dadas á conocer todas aquellas noticias que á varios de los concurrentes les tomaron de nuevo, porque el gobierno ocultaba naturalmente con empeño todos los progresos de la revolución, el jefe de la Junta espuso en una clara pero terminante peroración, que los americanos residentes en la capital del virreinato estaban obligados á hacer por su parte lo que

les fuera posible para ayudar á sus hermanos, y mas particularmente, cuando podian, en un solo golpe de mano que pudiera darse con precaucion y con habilidad, decidir la cuestion, acabando con el dominio de los españoles. Estuvo inspirado, logró electrizar á los oyentes, y todos estendieron la mano para jurar que estaban dispuestos á ejecutar lo que se les ordenara.

Entonces el Presidente de la reunion hizo al secretario que leyera un plan de campaña que los directores habian concebido, y el cual se reducía á aprehender al Virey en el paseo y en alborotar al pueblo cuanto se pudiera despues de esa captura, cuyos pormenores se detallaban.

Aprobado el proyecto, fueron nombradas las personas que debian desempeñar las diversas comisiones para asegurar el éxito, comprometiéndose los directores á dar el dinero, la gente y las armas que fueran necesarias, designando el lugar en que deberian hallarse despues del secuestro del Virey, para proveer á las medidas de órden y seguridad para los habitantes de la capital.

La casa de D. Antonio Rodriguez Dongo, que se hallaba en barrio apartado, fué la que se señaló para que se reunieran al dia siguiente las comisiones encargadas de dar aquel audaz golpe de mano que parecia tan bien combinado.

Despues de jurar el mayor sigilo, sobre los Santos Evangelios que se encontraban en la mesa, empezaron

á salir uno por uno los conjurados hasta no quedar mas que los directores que á su vez se despidieron dándose entre sí el tratamiento de señorías y otros, lo cual oido por algun indiscreto, como el hijo del conserje, sirvió para que se estendiera la voz un poco mas tarde, de que entre los conspiradores habia distinguidísimas personas.

Se reunieron, pues, en la casa de Dongo, todas las especialmente designadas para dar el golpe el próximo dia 3 en el Paseo de la Viga, que sería del modo siguiente: con unos cincuenta hombres mandados de diez en diez por cinco jefes, sorprenderian la escolta del Virey, compuesta generalmente de seis á ocho hombres, se apoderarian de éste, lo sacarian en el acto de la ciudad, mientras los demas conspiradores agitaban al pueblo en las calles, tocaban las campanas, disparaban armas, decian arengas etc., aprovechándose entre tanto el tiempo para conducir á Venegas á Zitácuaro, y entregarlo á Rayon para que dispusiese lo mas conveniente.

Todo eso estaba muy bueno, pero á las once de la noche del 2 y despues de verificada la última Junta, en que todo lo que debia hacerse quedó definitivamente acordado, un hombre entró á Palacio, dando á su paso todas las contraseñas que se necesitaban, hasta llegar á la antecámara del Virey,

—¿Cristóbal Morante? preguntó Venegas que velaba y estaba con el oido alerta.

—Yo soy, Exmo. Señor.

—Deja el excelentísimo, y pasa adelante.

Cristóbal entró y dejando sobre una silla su capa y su sombrero, acercó otra al lecho del Virey, se sentó y le refirió palabra por palabra cuanto se había acordado para el día siguiente.

—Está bien, amigo Cristóbal, exclamó el Virey, así que estuvo impuesto de todo, todas las precauciones están tomadas por el gobierno, pero no será de más que digas del paso al sargento mayor, que ha de estar troncando en el último rincón de la antesala, que redoble las patrullas y la vigilancia. Pregúntale si ya fueron, cómo le encargué, los cañones cargados hasta la boca de metralla.

Amaneció el día sin que dejara de percibirse algún desasosiego en la población, tanto por que se veían las alturas ocupadas por soldados, como por que parecían reforzadas las guardias y preparados como para salir los cañones.

Otro aviso se tuvo en la mañana del día 3 por otra de aquellas pequeñas traiciones que tan frecuentes eran entonces. Un abogado Ferrer tenía un amigo íntimo que se llamaba Manuel Terán; fué y le comunicó el plan, convidándole á encontrarse montado y armado en la tarde en el Paseo de la Viga, en lo que pareció convenir Terán con gran entusiasmo; pero apenas se le separó el indiscreto abogado, cuando el traidorcillo aquel corrió á la casa del oidor Bataller, que sin la competencia de Aguirre presidia la Junta de seguridad y era el *factotum* de Venegas, al cual contó Terán lo que sabía.

Ya con este nuevo aviso, se creyó que la cosa iba

divulgándose mucho, y tanto el Virey como los oidores fueron de parecer que no se debía esperar la tarde para aprehender á los del complot *infraganti* delito, sino que debía atraparles desde luego, porque iba de tal modo la cosa que no dejaban de sospechar que ya habían sido descubiertos y todos tratarían de escaparse.

Este fué el motivo por que solo se logró aprehender á los frailes agustinos Juan Nepomuceno Castro, Vicente Negreiros y Manuel Rosendi; á los cabos del Regimiento del Comercio, Ignacio Cataño y José María Ayala, lo mismo que á los particulares Félix Pineda, Mariano Hernandez, José M. Gonzalez y Rafael Mendoza, lo mismo que al abogado Antonio Ferrer, que fué naturalmente, lo mismo que Dongo, de los primeros aprehendidos. Otros de los denunciados que estaban en lista se pusieron en salvo y los jefes principales, que eran indudablemente personas de distincion, nunca pudieron ser descubiertos en fuerza del profundo misterio de que habían logrado rodearse.

Una vez hecho público el complot y reducidos á prision quince ó veinte de los conspiradores mas insignificantes, el Virey mandó fijar en la misma mañana del 3, una proclama en las esquinas con las exageraciones é insultos de costumbre, llamando pérfido el proyecto, perversos á los conspiradores, inicua la trama, y guiados por pasiones viles á los que la favorocian.

El Palacio se vió luego atestado de sacerdotes de todas categorías, de nobles, de militares, de empleados y de españoles ricos, que fueron á dar la enhorabuena al Virey por la destreza con que habia descubierto la conspiracion, así como por haber escapado tan milagrosamente la vida de eclada tan infame, tan cobarde y tan desastrosa, como la que iban á ponerle.

Los padres, que eran siempre los primeros en condenar cuanto hacian ó intentaban hacer los partidarios de la independencia, prepararon funciones en las iglesias, comenzando el jaleo con la siguiente invitacion:

«Muy señor nuestro: El Presidente y Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana, reconocida al inestimable beneficio con que la infinita Providencia de Dios ha salvado á todo el Reino frustrando los criminales designios que los mónstruos que conspiraban contra la preciosa vida del Excmo. Sr. Virey, ha determinado celebrar una *Misa Solemne* en accion de gracias, mañana á las nueve en su Santa Iglesia Catedral, y para que este religioso acto en que son interesados todos los habitantes de estos vastos dominios, tenga el lucimiento debido, suplico á vd. contribuya con su presencia, á cuyo favor le vivirá agradecido. Dios guarde á vd. muchos años. etc., etc. *Juan de Mier y Válar.*—*Bartolomé Joaquin Sandoval.*—*José Mariano Beristáin.*—*Pedro Granados.*»

Por supuesto que si el golpe ha tenido éxito, tam-

bien hubieran cantado la misa de gracias, como se las cantaron despues á Iturbide y á todos los que siguieron ocupando el poder aunque fueran unos bribones.

La causa contra los pobres que cayeron en el garlito, comenzó á formarse luego por el terrible tribunal de seguridad compuesto del oidor Bataller, del alcalde de corte Yañez y de Torres Torija, los cuales estaban ya muy acostumbrados á ejercer sus funciones con la mayor malevolencia, puesto que con la condicion de ser inflexibles habian sido nombrados.

El virey no tuvo por lo mismo que pedirles severidad, sino únicamente que hacerles un simple excargo en estas breves palabras:

—Deseo que antes de ocho dias estén todos ellos condenados á muerte.

—Su excelencia será complacido, le contestó Bataller.

Y los tres se pusieron desde luego al trabajo, que fué meramente de investigacion, para procurar que cayeran otros, pues por lo que hacia á los aprehendidos bastaba que estuvieran denunciados para que merecieran la condenacion.

Por mas aprisa que quisieron andar los jueces, se encontraron desde luego con las dificultades que no habian previsto.

El abogado Antonio Ferrer hizo uso de todas sus letras para defenderse y se defendió hasta con las uñas.

No se le pudo probar que hubiera concurrido á las

reuniones, y antes bien, todos sus compañeros de infortunio, estuvieron conformes en declarar que nunca le habian visto.

En su careo con Terán sostuvo que lo habia invitado al paseo el dia del golpe, simplemente para cerciorarse de los rumores que sobre el plan le habian llegado, sin haberles dado el menor crédito. Y Terán tuvo que convenir en que por la gravedad del asunto creia que solo un conspirador podia estar tan bien enterado y que por eso habia hecho tan formal denuncia.

Entonces el tribunal fué en cuerpo á consultar con Venegas

—¿Qué hacemos con Ferrer? le preguntaron.

—Condenarlo á muerte, les contestó el virey imperturbable.

—Pero es el caso que ha desvanecido todos los cargos, objetó Bataller.

—¿No invitó á Terán al Paseo de la Viga?

—Es el único cargo que aparece contra él; pero ambos convinieron en que tal invitación no fué mas que para ir á ver lo que pasaba.

—A muerte, á muerte, exclamó Venegas dando la entrevista por terminada y levantándose con impaciencia.

Pero como los instrumentos de su venganza se habian quedado como perplejos, volvió á ellos y les dijo con tono amenazante.

—Esa causa comenzó el 4, estamos á 23 y todavía no ha sido fallada. Si antes de tres dias no está pro-

nunciada la sentencia, procederé contra sus señorías como traidores.

—La sentencia está aquí escrita y firmada, dijo el presidente del tribunal.

—¡Ah! en ese caso.... comenzó á decir Venegas.

—Solo que á Ferrer habiamos convenido en condenarlo solo á seis años de presidio.

—Pues ahora destruyen esa sentencia y hacen otra con la pena de muerte. Eso es lo mas fácil.

Y como el virey ya no queria seguir oyendo impertinencias, les volvió la espalda.

Luego que se supo en la ciudad que el tribunal estaba indeciso sobre la pena que debiera aplicarse al abogado Ferrer, los españoles ocurrieron en tropel al palacio pidiendo al virey la cabeza del delincuente. Este les contestó:

—Caballeros, no hay temor alguno en que la sala del crimen deje de pronunciar la sentencia de muerte segun lo tengo ordenado; pero si desgraciadamente llegara á desobedecerme, yo me considero revestido de las facultades y el poder para aplicarla por mí mismo. Pueden vdes. ir tranquilos.

Aquellos salieron del palacio enteramente calmados.

Tres dias despues se anunció por medio de un repique que la sala del crimen habia terminado la causa pronunciando la sentencia de muerte contra los diez principales culpables, condenándose á los demas á presenciar la ejecucion de sus compañeros y despues á presidio perpétuo.

El día 29 de Agosto se verificó en la plazuela de Mixcalco la ejecución de Ferrer, Cataño, Ayala, Domingo, Pineda, José María Gonzalez y otros, con asistencia del virey y de las damas de la corte. Los sacerdotes encontrados en el complot fueron expatriados, aunque con orden de que no llegaran á su destino.

Este trágico fin tuvo aquella mal urdida conspiración.

## CAPITULO XI.

### EL MATA-MORELOS.

A Morelos también se le provocaban algunas inquietudes en su campo. Temeroso el gobierno vireinal de que tomara mas creces, como realmente las iba tomando, quiso también destruir de un solo golpe aquel peligro, y mandó á dos aventureros que se le habían de presentar como armeros, aprovechando la primera oportunidad que tuvieran para asesinarlo. Por fortuna la intriga no quedó completamente oculta, como nada quedaba entonces, en que todos se confesaban antes de lanzarse á cualquiera empresa, aunque fuera la mas abominable, y por este medio llegó á conocimiento del padre Alva de México, quien por simpatías á la revolución ó por otras causas que se ignoran, se apresuró á dar aviso al jefe indepen-